

Peter Stamm

Fado

Todo parecía húmedo en Lisboa. Aunque no llovía, las calles estaban oscuras de humedad. El musgo cubría las paredes de las casas y los muros de la ciudad, y el cielo estaba encapotado.

Quería tomar un barco, pero la carga de las mercancías se había retrasado y había que esperar. Ya estaba instalado en mi camarote. Lisboa no me interesaba. Mentalmente ya me había despedido de Europa, creía que lo que me esperaba iba a ser más interesante que lo que dejaba atrás. No obstante, el tiempo de espera en el barco se me hacía largo. No hay nada más aburrido que un barco atracado en un puerto.

Me dirigí a la ciudad. Pasé todo el día caminando por las calles sin visitar nada en particular. Vagué por barrios apartados, vi a hombres que extendían grandes pañuelos en el suelo, sobre los que ponían a la venta revistas pornográficas. Entré en varios cafés; en el puerto, observé cómo la gente bajaba de los transbordadores y se encaminaba a sus lugares de trabajo. Desde lo alto de la colina miré hacia la ciudad y hacia la lejanía, donde el mar se perdía en la bruma. Al atardecer volvía al puerto y me enteré de que el barco no saldría hasta el día siguiente, un domingo. Regresé al centro de la ciudad para comer algo. En una callejuela encontré un local donde tocaban fados.

La comida era mala, pero la música me gustó, era apropiada para mi estado de ánimo. Después de comer me quedé sentado. Ya había bebido medio litro de vino y pedí otro medio. El otro medio, le dije al camarero, un hombre bajito, de tez oscura; pero no reaccionó. Me sentía mejor y empecé a tomar notas. Acababa de anotar un pensamiento sin importancia cuando se acercó a mi mesa una mujer joven y me preguntó en inglés si me quería unir a ellas. Yo ya me había fijado en ella. Estaba sentada a una mesa, cerca de la mía, en compañía de otra mujer. Mientras comían, las dos se rieron mucho y un par de veces miraron hacia mí.

-Parecías tan solo -dijo-. Somos de Canadá.

Acepté la invitación y la seguí con mi vaso y mi jarra de vino.

-Me llamo Rache, y esta es Antonia -dijo ella.

Nos sentamos.

-Yo me llamo Walter.

-Como Walt Whitman -dijo Antonia-. ¿Llevas un diario?

-Escribo lo que se me ocurre -dije-. Es casi como hablar.

-Mi padre siempre decía que sólo las personas inteligentes saben estar solas -dijo Antonia.

-No se vuelve uno inteligente por el mero hecho de estar solo -dije.

Eran más de las once. El cantante de fado guardó la guitarra y se acercó a nuestra mesa. Parecía conocer a Rachel y Antonia. Se sentó y hablamos de Lisboa y del fado.

La última pieza había sido bonita, qué era, preguntó Antonia.

-Si no sabes adónde vas, por qué no paras de correr -dijo el cantante de fado recitando-. Ya no te acompaño, corazón mío.

-Amalia -dijo él, y su rostro adquirió una ridícula expresión de sufrimiento-. *Extraña forma de vida.*

-¿Qué forma tiene la vida? -preguntó Antonia.

-Larga -dijo Rachel- o corta. Depende.

-Mi corazón vive de la vida perdida -siguió recitando el cantante.

Rachel me preguntó a mí qué forma tenía mi vida. Dije que no lo sabía. Probablemente ninguna. Ella dibujó con ambas manos los contornos de una mujer en el aire.

-La mujer... -dijo el cantante de fado y luego alguna tontería. Sabía lo que pretendía y que esa noche no lo conseguiría. También él parecía saberlo. No obstante, escribió su número de teléfono en una servilleta y se la dio a Rachel. Dijo que podían llamarlo cuando quisieran, a la hora que fuera. Luego nos dio la mano a todos y se marchó.

-El hombre... -dijo Rachel riéndose. Antonia la llamó tonta.

-¿Es que acaso hubieras querido irte con él? -preguntó Rachel levantando sorprendida las cejas-. ¿Te atraen los toreros?

-En Portugal no hay toreros -dijo Antonia-. Tenía una bonita voz.

Rachel se rió. Una vez había quedado con un hombre que tenía una bonita voz.

-No lo conocía, sólo había hablado con él por teléfono. Y cuando apareció... No te lo puedes ni imaginar.

Antonia volvió a decir que Rachel era una tonta. Rachel dijo que el tono de voz era importante. Que los hombres de voz grave tienen mucha testosterona. Que yo tenía una voz grave.

Rachel se echó a reír y dijo que habían quedado con Luis para ir a la discoteca.

-Es el camarero bajito. Cuando acabe de trabajar.

Rachel y Antonia recorrían Europa desde hacía tres semanas. Al cabo de una semana tomarían el avión en Barcelona para volver a casa. Rachel habló de la pequeña ciudad en Canadá de donde venían, y Antonia cada dos por tres la interrumpía y la corregía. Yo escuchaba y no decía apenas nada. Estaba contento de tener compañía.

Todos los clientes de habían ido, y Luis había colocado las sillas unas encima de otras y barría el suelo. Luego se acercó a nuestra mesa.

-Es un amigo -dijo Rachel-. Viene con nosotros a la discoteca.

Luis dijo que no estaba lejos. Tenía un fuerte acento y su inglés era malo.

-¡Qué vos más grave! -dijo Rachel riendo. Le preguntó a Luis si tenía mucha testosterona. El preguntó qué era eso, no entendía la pregunta.

-Toro -dijo Rachel-. ¿Tú toro?

Antonia le dijo a Rachel que parara. Que estaba borracha.

-Tú toro, yo vaca -dijo Rachel. Luis la miró sin comprender-. Tu Tarzán, yo Jane.

-Tarzán -asintió Luis-. ¡Vamos!

Luis dijo que nos iba a enseñar la mejor discoteca de Lisboa. Caminaba muy deprisa y nos costaba seguirle. Dimos muchas vueltas por calles estrechas. Al poco tiempo perdí completamente la noción de dónde estábamos. Rachel hablaba de su novio, que era piloto de las Fuerzas Aéreas.

-Tiene una voz muy grave -dijo-, como un avión de hélice.

Le pregunté a Antonia si ella también tenía novio. Negó con la cabeza. Acababa de comenzar los estudios, se había mudado a Montreal y allí apenas conocía gente, dijo.

-Le ha roto el corazón a su novio -dijo Rachel.

-Tonterías -dijo Antonia-. No era mi novio.

-Hey, Luis -dijo Rachel-, *slow down!*

Al cabo de media hora llegamos por fin a la meta. El local ante el que nos encontrábamos era pequeño y feo. Luis conocía al portero, pero tuvimos que pagar entrada, una suma ridículamente exagerada.

En la discoteca había poca luz, sólo la pista de baile, situada un poco por encima del nivel del suelo, estaba iluminada. Nadie bailaba, pero algunas mesas estaban ocupadas. Casi todos los clientes eran hombres. La música era ensordecedora. Nos sentamos en la barra, bebimos algo y conversamos. Luis no hablaba mucho. De repente se levantó, subió a la pista, nos dio la espalda y empezó a bailar ante un gran espejo. En él vi reflejada su cara, seria y concentrada. Tuve la impresión de que se miraba a los ojos. Sus movimientos eran agresivos y siempre iguales. Le pregunté a Rachel si quería bailar. Antonia se quedó sola en la barra.

Estaba bastante borracho, pero la larga caminata me había despejado. Rachel y yo estuvimos bailando mucho rato. Nos mirábamos mientras lo hacíamos; Luis, en cambio, seguía observándose sólo a sí mismo en el espejo. Transcurrida una media hora dijo que allí no había ambiente, que conocía otros locales mejores. Antonia dijo que tenía que acostarse. Rachel le susurró algo al oído. También ella dijo que quería irse a dormir. Se rió.

Los cuatro recorrimos aquellas calles desiertas. Rachel se me había colgado del brazo. Luis le había tomado el otro, pero ella se soltó. Dijo que no era ninguna niña. Luis entonces se colgó del brazo de Antonia, que no lo rechazó, y caminó rígida a su lado sin mirarlo. Luis contó que era de Faro, una localidad al sur del país, pero que allí no había trabajo. Luego volvió a quedarse callado. Ninguno decía nada. Caminábamos más despacio que a la ida, con más cautela, como si quisiéramos retrasar la despedida. Había sucedido muy poco y a la vez demasiado para separarnos como si nada.

Rachel y Antonia tenían una habitación en una casa particular. Al llegar a la puerta dieron las buenas noches y nos besamos en las mejillas. Antonia abrió con la llave y entró. Rachel se quedó unos instantes en el umbral de la puerta abierta, diciendo adiós con la mano y con una sonrisa de niña. En ese momento Luis se le acercó y la empujó hacia el hueco de la escalera. Yo los seguí. A mis espaldas, la puerta se cerró de golpe. Luego quedó todo en silencio.

El hueco de la escalera estaba iluminado tenuemente por una única bombilla. Antonia esperaba en la escalera y miraba hacia abajo. Rachel y Luis estaban cara a cara, mirándose fijamente.

-Buenas noches -dijo Rachel.

-Yo también subo -dijo Luis.

-Estamos cansadas. Gracias por la agradable velada.

Rachel subió la escalera detrás de Antonia. Luis y yo seguimos a las dos mujeres.

-Buenas noches -dijo Rachel de nuevo.

-Yo no estoy cansado -dijo Luis.

-Pero nosotras sí.

-Ven, vamos -le dije a Luis agarrándolo del brazo.

-Llamaré a la policía -dijo Luis-. Se lo diré todo.

-Vamos, llama a la policía. ¿Crees que van a creerte? -dijo Rachel en tono burlón, y volviéndose hacia Antonia:- ¡Vamos, muévete!

Antonia pulsó el timbre y dentro del piso se oyó un campanilleo sonoro y metálico. Luis subió un escalón más. Le di alcance y me coloqué delante de él. Lo empujé contra la pared, pero enseguida noté que era más fuerte que yo y que no iba a poder detenerlo. Su cuerpo estaba tenso, pero no se movía. Me sorprendió que no se defendiera. Antonia volvió a pulsar el timbre. Nos quedamos ahí en silencio hasta que por fin la puerta del piso se abrió. Una mujer de unos cincuenta años asomó la cabeza. No dijo nada. Solté a Luis.

-Voy a avisar a la policía -dijo de nuevo bajando las escaleras.

-¡Lárgate! -le gritó Rachel-. ¡Idiota!

-Entra -me dijo Antonia, y los entramos en el piso y nos dirigimos a su habitación. La casera no había pronunciado palabra en todo ese tiempo. Parecía muy cansada y desapareció enseguida.

-¿Podéis recibir visitas de caballeros? -pregunté.

-Espero que tú no seas un caballero -dijo Rachel-. ¿Quieres una cerveza?

Sacó tres botellas del armario y las abrió. La cerveza estaba tibia. Nos sentíamos aliviados y excitados a la vez. Hablábamos confusamente y no parábamos de reír.

-¡Qué hijo de puta! -dijo Rachel.

-Nos ha invitado a cenar -dijo Antonia-. Por eso quizás haya pensado...

-No vendrán -dijo Rachel-. Los policías. Y si vienen, tiramos la mierda por la ventana.

Preguntó si yo tomaba. Se había sentado al lado de Antonia en la cama. Negué con la cabeza. Rachel dijo que apenas les quedaba dinero. Que si les podía prestar algo. Le di los escudos que me quedaban. No

era mucho y en el barco no necesitaría dinero. Rachel le susurró algo a Antonia. Esta torció el gesto. Dijo que iba a ducharse y desapareció por el pasillo.

-¿Qué murmurabais? -pregunté.

-Le he preguntado qué te podíamos ofrecer por cincuenta escudos.

Rió y se dejó caer sobre la cama.

-Ahora tendríamos que tener una cama bien ancha -dijo. Antonia regresó y Rachel se fue a duchar. Se detuvo en la puerta y dijo que nos portáramos bien-. Mamá vuelve enseguida.

Cuando dejé a las dos mujeres ya amanecía. Nos dimos un abrazo. Rachel me dio una botella de cerveza vacía.

-Por si está esperando ahí fuera -dijo-. Así podrás defenderte.

Salí a la calle. No había un alma. Caminé por la ciudad desierta con mi botella de cerveza en la mano. Me sentía ridículo. Al cabo de unos cuantos cientos de metros tiré la botella en un contenedor de basura. Vacilé unos instantes, luego también tiré el papel en el que Rachel y Antonia habían escrito sus direcciones.

En el barco me acosté, pero no podía dormir y al poco tiempo me levanté de nuevo. Volví a caminar por la ciudad. Cuando me cansé entré en una pequeña iglesia. Dentro estaban diciendo misa. Me senté en el último banco y escuché. A veces entendía alguna palabra. Al final los feligreses se dieron la vuelta hacia uno y otro lado y estrecharon la mano de sus vecinos. A mi lado no había nadie. Me apresuré a ser el primero en abandonar la iglesia.

De *En jardines ajenos*, Editorial Acantilado, Barcelona, 2006. Traducción de María Esperanza Romero